

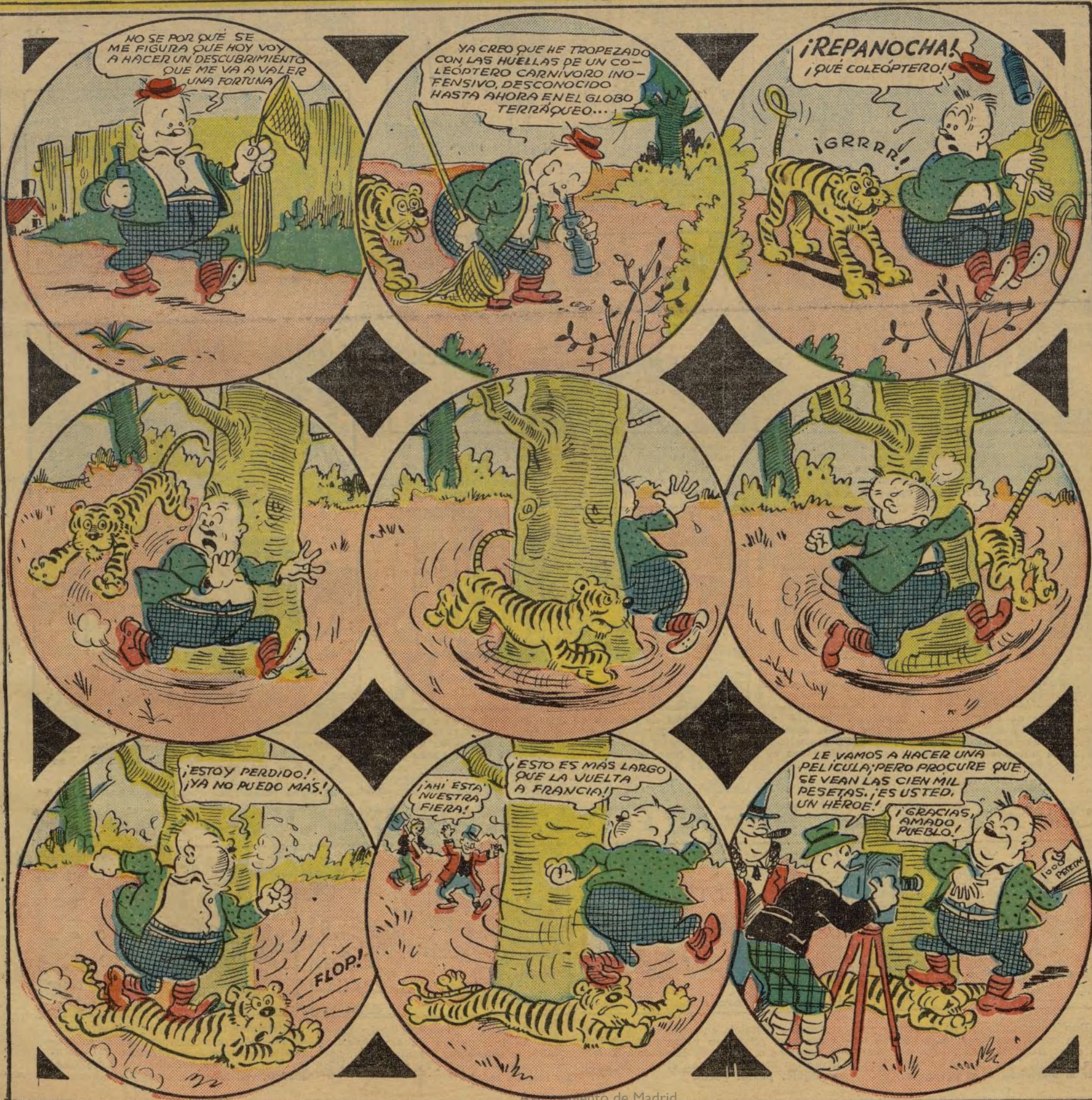


AÑO VI.—NUM. 327

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)
MADRID.—ALFONSO XI, 4.—APARTADO 466

15 de agosto de 1935

De como don Cenón, ganó un fortunón

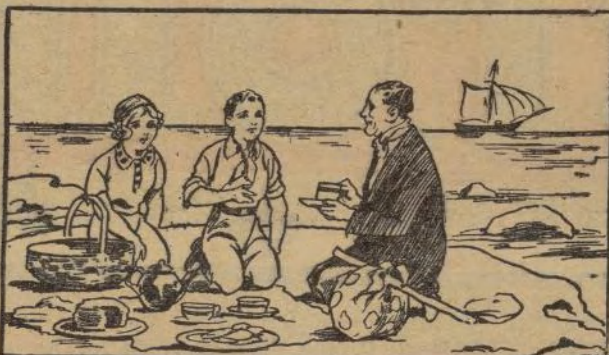


Resumen de lo publicado.
El huérfano Antonio, acogido en el circo Smith, sale cierto día con la hija del dueño a comer en el campo, y encuentran a un porteroso al que invitan

COMPANEROS DE CIRCO



Una mirada de sorpresa asomó a los ojos del pobre hombre al oír la invitación de Antonio, y exclamó: "Eres muy bueno, muchacho. ¡Ya hacía mucho tiempo que no oía a nadie hablarme así. Acepto tu invitación!" Y se reunieron con Mercedes.



A la vista de aquellos succulentos manjares, sus ojillos se animaron; se sentó y comió con excelente apetito. De sobremesa, él les contó que había sido un famoso "clown"; pero que desde hacía muchos meses no hallaba trabajo.



"¡Usted vendrá con nosotros!", le dijo Mercedes, compasiva. "¡Estoy segura de que mi papá le admitirá en su circo!" El infeliz dirigió a la muchacha una mirada de agradecimiento. Poco después se encaminaron los tres hacia el circo.



El señor Smith se hallaba en el entoldado, y mientras Antonio fué a dejar las cestas, Mercedes llevó a presencia de su padre al desconocido. "¡No tiene trabajo y ha sido un gran 'clown'! ¿Verdad, papá, que le favorecerás?"



El buen Joey quedó admitido, y al día siguiente comenzó sus ensayos para actuar en la función de la noche. Cuando salió a la pista se hallaba muy emocionado, pero pronto perdió sus recelos. Todo el público quedó cautivado y le aplaudió a rabiar.



Se convino en que Joey y Antonio vivirían en el mismo carro, y ambos invitaron aquella noche a Mercedes a que cenara con ellos. "¡Bravo, Joey!", exclamó la muchacha, aceptando entusiasmada. "¡Papá dice que esta noche se ha rehabilitado usted!"

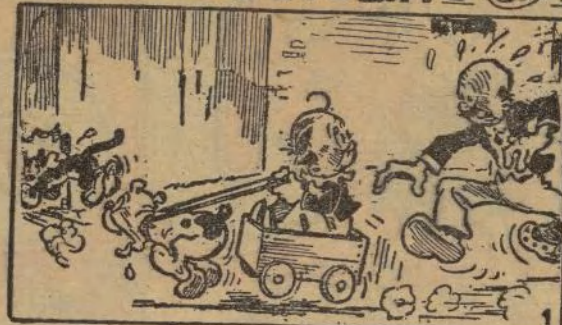


"¡Cuánto os lo agradezco, Mercedes!" replicó el "clown". "Soy feliz al oír lo que me habéis dicho". Los tres amigos cenaron deliciosamente, departiendo luego durante largo rato, y cuando Mercedes se retiró, Antonio y Joey volvieron a su carromato.

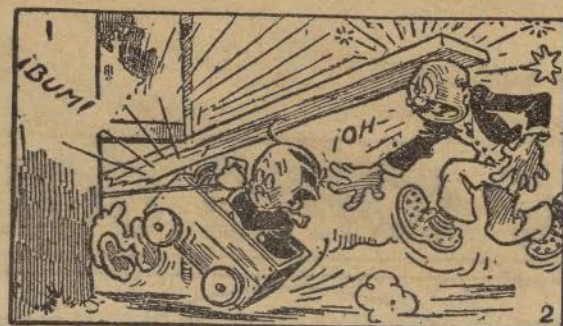


Al entrar, la mirada de Joey se detuvo sobre una fotografía que había encima de una cómoda. La cogió y preguntó emocionado: "¿Cómo tienes tú este retrato, muchacho?" —"Es el retrato de mi padre", contestó Antonio. "Por qué lo pregunta usted?"

DON BONIFACIO Y MANOLIN



"¡Dios mío! ¿Qué va a ser de este pobre chico?", se lamentaba el buenazo de Don Bonifacio.



Como el carrito no cabía por el hueco en que se colaron el perro y el gato, un tablón cayó sobre Don Boni.



Por qué será no se sabe; pero lo cierto es que el chucho persigue al gato con furiosa indignación.

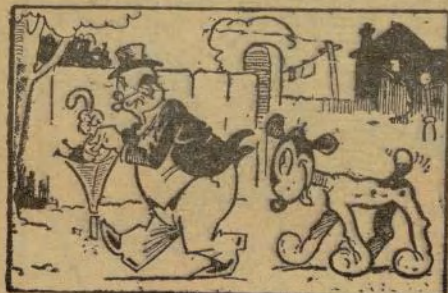


Y cuando Don Boni, repuesto ya del golpe, volvía a escena, el carrito se elevaba impulsado por el chucho.



Manolin entonces soltó al vengativo perro y aterrizó felizmente sobre la cabeza del solícito Don Bonifacio.

EL PERRITO VAGABUNDO



Don Anselmo ha salido de paseo y lleva su buena merienda, cosa que ha visto el perrito "Pelanas". Pero don Anselmo decidió, "por si las moscas", esconder la merienda en el paraguas.



"Qué constancia en seguirme la del perrito este. ¿Será un perro policía? Voy a pararme a ver si se adelanta". Y don Anselmo hizo un alto en el camino como cualquier pastor poeta.



Mas "Pelanas" se paró también, y esto colmó la indignación de don Anselmo. "¡Mira, te quiero ver delante de mí; pero que ahora mismito! ¿Te enteras? ¡Pues no faltaba más!"



Pretender librarse de "Pelanas" cuando se posee una rica merienda, es pretender resolver la cuadratura del círculo. Y como don Anselmo no sabe Geometría, ved lo que pasó



Resumen de lo publicado.—Martin es un huérfano, empleado en una posada, que, siguiendo un día al posadero y al capitán Morgan, va a parar al castillo de los misterios, en el que vive el señor Cale y su sobrina Margarita, y donde se queda a servir. Una noche él y Margarita sorprenden al posadero y a Morgan en una reunión; son perseguidos por ellos y huyen por un canal subterráneo.



Cuando ya se creían libres de sus perseguidores, huyendo en su lancha por el canal subterráneo, un nuevo peligro surgió en su camino. La barca chocó violentamente y con enorme estruendo contra unas rocas, y Martin y Margarita fueron lanzados al agua.



Cuando Martín se repuso de los efectos del golpe, miró en derredor de sí buscando ansiosamente a Margarita. Por fin logró distinguirla. Había perdido el conocimiento por la impresión recibida al caer en el agua y era arrastrada por la corriente.



Un momento después Martín se había acercado a su amiga, y, cogiéndola vigorosamente, la arrastró hasta una roca que ofrecía una amplia plataforma lisa a la salida del túnel.



No fué fácil empresa izar el cuerpo inerte de la muchacha sobre la plataforma de la roca; pero tras improbos esfuerzos Martín lo consiguió, y seguidamente saltó él también, poniéndose a salvo.



No tardó Margarita en volver en sí y abrir los ojos. De momento no comprendía dónde se hallaba ni recordaba lo que le había sucedido. Pero Martín la tranquilizó, haciéndole ver que estaban salvos.



Ansiosos ambos por regresar cuanto antes al castillo, Martín distinguió no lejos una roca algo elevada. Treparían a ella, examinarían el terreno y pedirían auxilio haciendo señales a quienes desde tierra o mar pudieran verles.



Al instante los dos muchachos se pusieron en marcha para ganar aquella prominencia. De pronto Martín se detuvo en actitud de prestar atención. “¿No oyes un extraño ruido sordo?”, preguntó alarmado a su compañera.



“¿Lo oigo!”, respondió al punto Margarita. “Parece como el zumbido de una máquina!” No había acabado de decir estas palabras, cuando junto a las rocas surgió en la superficie de las aguas un submarino, que avanzaba cauteloso.



Martín se apresuró a ocultarse detrás de las peñas, obligando a Margarita a hacer lo mismo. “¿Qué es esto?”, murmuró la joven. “¿Un submarino!”, le respondió Martín. Me temo que esté relacionado con los misterios del castillo que habitamos. (Continuará)

¿Qué extraños acontecimientos nos esperan para el jueves que viene? No dejéis de leer JEROMIN

¿QUIEN PASÓ EL VALLE?... CUENTO



El matrimonio Antón paseaba por las afueras del pueblo. Era día de fiesta, y el matrimonio había decidido llegar hasta la colina que dominaba el valle.

Sentáronse los dos esposos tranquilamente, y de pronto el señor Antón dijo:

—Mira, mira. Acaba de cruzar el valle María, la del “Bollu”.

—No es María—repuso la señora Antón—. Yo la he visto también y era su hermana Luisa.

—Te equivocas, querida. Te engañó la vista; era María.

—Tengo buena vista y no me equivoco. Era Luisa.

—Era María.

—Era Luisa, y no seas estúpido. No me contradigas.

El señor Antón miró a su señora con intenciones nada tranquilizadoras, y ambos emprendieron el regreso sin cruzar palabra. Se disponían ya a cenar, cuando Antón, marido, le dijo afablemente a su mujer:

—Y bien, querida mía, ¿verdad que era María?

—Eres más terco que una mula vieja. La que cruzó el valle era Luisa.

—La mula vieja lo serás tú, pues la que cruzó el valle era María.

—¿Luisa!—gritó ella rompiendo un plato.

—¿María!—rugió él estrellando una media fuente.

Y desde este momento, y cada vez más al rojo vivo los ánimos, el señor Antón le puso a su señora un ojo hinchado, y la señora le hizo al señor un chichón como un huevo en la coronilla.

Al día siguiente la señora Antón fué a contar sus cuitas y a enseñar el ojo morado a la vecina. Esta le consoló y a la hora de comer lo refirió a su marido. Este matrimonio también había estado en la colina, y el vecino dijo a la vecina:

—Sin duda que la señora de Antón está en lo justo. Yo también me fijé y vi que era Luisa la que cruzó el valle.

—Te equivocas; también yo la vi y juraría que fué María.

—Con tal de llevarme la contraria eres capaz de asegurar que fué el mismo Lucifer. Sabe ya de una vez que mi vista jamás me engaña, y que fué Luisa la que cruzó.

—¿María!

—¿Luisa!

—¿Rav...

—¡Truenos!

Y ¡pum!, ¡zas!, ¡cataplúm! El vecino cogió un palo y le molió las costillas a la vecina.

A sus gritos de auxilio acudieron hom-



bres y mujeres, que bien pronto comenzaron a discutir entre sí.

—Los hombres son unos salvajes. Además que ella tenía razón. Fué María la que cruzó el valle, porque nosotras estuvimos en el pueblo con su hermana, y

mal podía cruzar el valle estando en el pueblo.

—La vista no engaña—dijeron unos leñadores—y nosotros vimos que fué María.

—¿Luisa!

—¿María!

—¿Embusteras! ¡Fué Luisa!

—¿Trapalones! ¡Fué María!

—¿Toma! ¡Para que aprendas a decir la verdad! ¡Zas! ¡Pum!

—¿Toma tú! ¡Para que se te afine la vista! ¡Pum! ¡Catapum!

Y así, en menos de diez minutos se armó en toda la calle un cisco de mil diablos, en el que estaban enredados todos los vecinos, que se acometían a puñetazos, patadas, golpes y arañazos.

Impotentes los alguaciles y las autoridades para contener el tumulto, los revoltosos calmáronse por sí solos después de haberse vapuleado a conciencia, y el pueblo en masa se dirigió hacia la plaza, congregándose junto al Ayuntamiento, donde el alcalde había mandado llamar a las dos hermanas causantes involuntarias del tremendo jaleo.

Salieron las dos hermanas al balcón, y Luisa, la mayor de ellas, dijo así:

—Todos estáis confundidos, y vuestra soberbia os cegó. Mi hermana y yo no fuimos ayer al valle. La que lo cruzó fué mi hermana... Felipa, que aquí está para asegurarlo.

Un ¡ah! de estupefacción corrió la plaza, y entonces el alcalde, que había reunido a todos los serenos, alguaciles, y guardas, y empleados del Municipio, les mandó despejar la plaza, y los soberbios y camorristas recibieron de propina una fenomenal sarta de palos para que no volviesen a pelear por tonterías.

F I N

DON SEVERO AVENTURERO



Por una rara casualidad, don Severo dispone de un billete de cien pesetas, y se dió el gustazo de comer en



un restaurant. Después del banquete llamó al camarero, puso el billete sobre la mesa para que cobrase y le



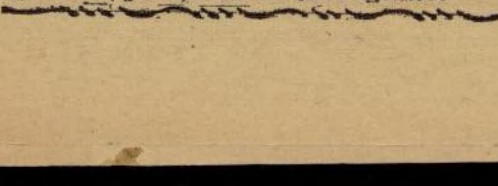
pidió una cerilla. Al coger don Severo la cerilla encendida se le cayó sobre el billete, convirtiéndole en cenizas.



za. El camarero cobró más de la cuenta, pero no dejó de dar "las vueltas" a don Severo.



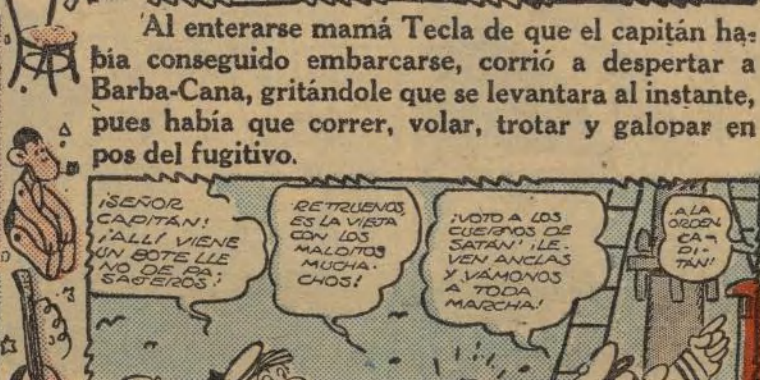
El pobre Isidorito estaba muy triste, muy triste. Era el santo de su hermanita y no tenía ni cinco para hacerle un regalito.



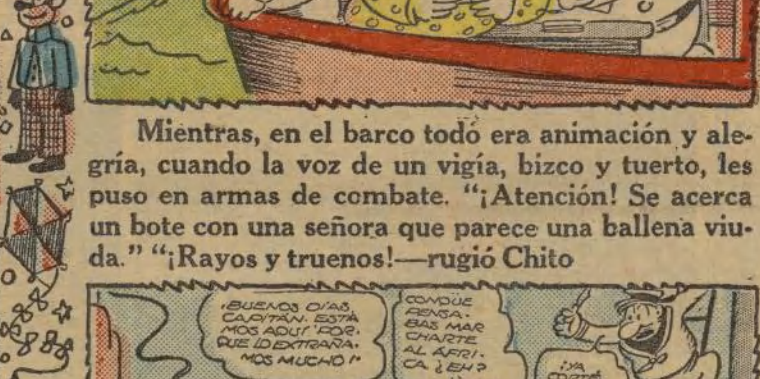
HAZAÑAS AL ALIMÓN



Al enterarse mamá Tecla de que el capitán había conseguido embarcarse, corrió a despertar a Barba-Cana, gritándole que se levantara al instante, pues había que correr, volar, trotar y galopar en pos del fugitivo.



Mientras, en el barco todo era animación y alegría, cuando la voz de un vigía, bizco y tuerto, les puso en armas de combate. "¡Atención! Se acerca un bote con una señora que parece una ballena viuda." "¡Rayos y truenos!" rugió Chito.



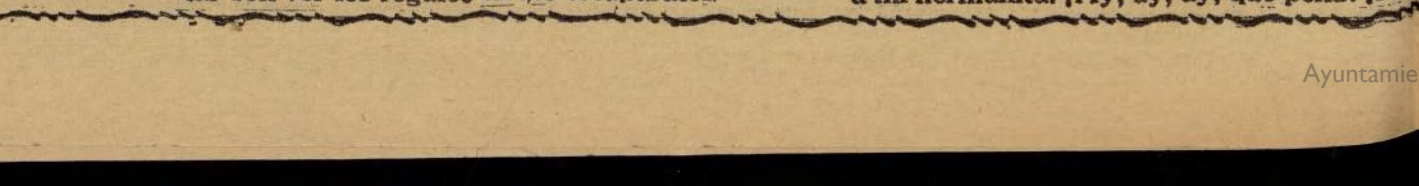
"Ya estamos aquí, capitán" —gritaron los pilluelos. "Mucho gusto en verles" —agregó Barba-Cana. "¡Cállate tú, berzotas, barbas de chivo!" gruñó Terre-Moto, que en cuanto se vaya la vieja te voy a lisiar, viejo camello."



Sin darles tiempo a que se dedicasen más "berres", mamá Tecla se apeó del bote en un idem y avanzó con los ojos inyectados en chocolate, hacia los hombres, que temblaban como hojas de árbol caídas, en tanto que los pilluelos desaparecían.



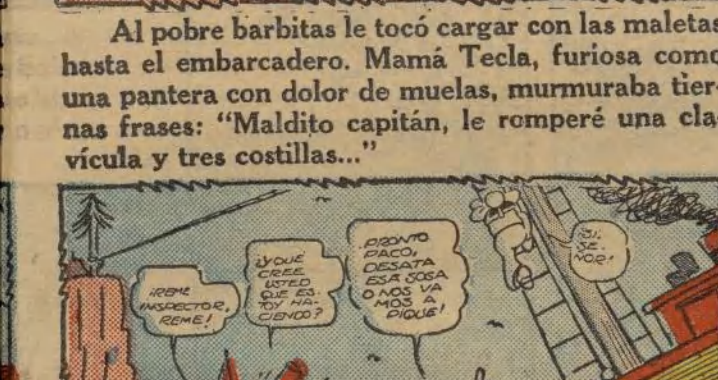
En menos que canta un gallo tartamudo, mamá Tecla hizo las maletas, ayudada por el infelizote Barba-Cana, que renegaba de su suerte y de todos los barcos, barcas y barquitos que navegaban por mares y ríos.



TARUGO Y PERDIGÓN



Al pobre barbitas le tocó cargar con las maletas hasta el embarcadero. Mamá Tecla, furiosa como una pantera con dolor de muelas, murmuraba tier-nas frases: "Maldito capitán, le romperé una clavícula y tres costillas..."



Terre-Moto, desesperado, se dió cuenta de que sus enemigos iban a conseguir llegar al barco, a pesar de los esfuerzos del capitán Chito y de sus hombres por cortar la cuerda fatal, que iba a ser la ruina de los fugitivos.



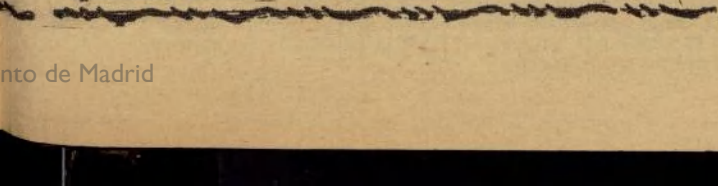
Y en el preciso momento en que mamá Tecla le propinaba al capitán un directo, si no en la boca por lo menos en las narices del estómago, atronó una explosión formidable, y lanzado por los aires apareció el cocinero.



En efecto, antes de que la cuerda pudiese ser cortada, y aprovechando la inclinación del barco, el bote perseguidor se colaba en el navío, sin que pudiesen impedirlo el capitán Chito y Terre-Moto, que creía llegada su última hora.



"Si se marcha usted de aquí, le regalo mil pesetas y un pijama, señora" —propuso Chito a mamá Tecla. Y ésta respondió, ante la consternación de todos: "De ninguna manera. Mis hijitos y yo nos quedamos en el barco." (Continuará)



TERESA NINA TRAVIESA



Teresa había salido una noche a un recado por orden de su tía, cuando se vió sorprendida por un chico



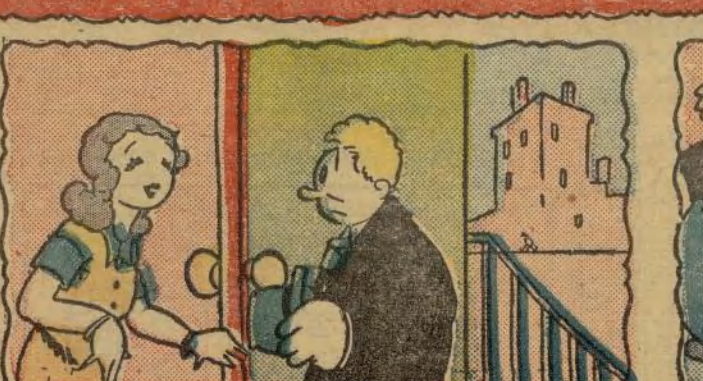
que la quería zurrar. Teresa salió corriendo, perseguida por el chico, y al dar la vuelta a una esquina, vió que



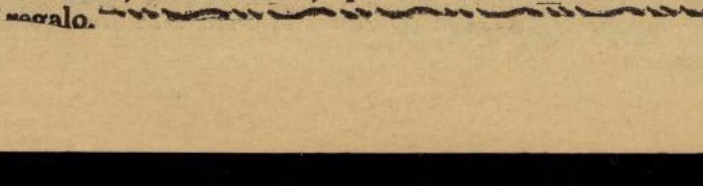
había una cañería desprendida de la pared, y agarrándola por el extremo, se colocó en actitud de amenaza.



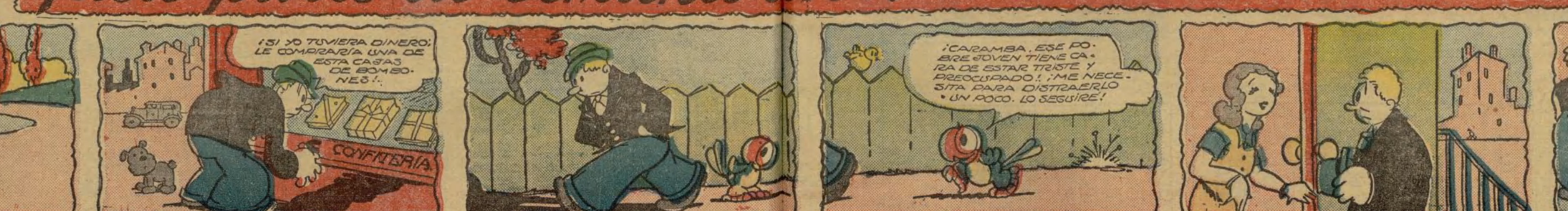
Cuando llegó el chico creyó que Teresa empuñaba una estaca, y salió más que arreando.



Y de improviso se oyó la voz de Laura: "¿Es que no soy yo un bonito regalo?" Y todos felicitaron a Isidorito por su buen gusto.



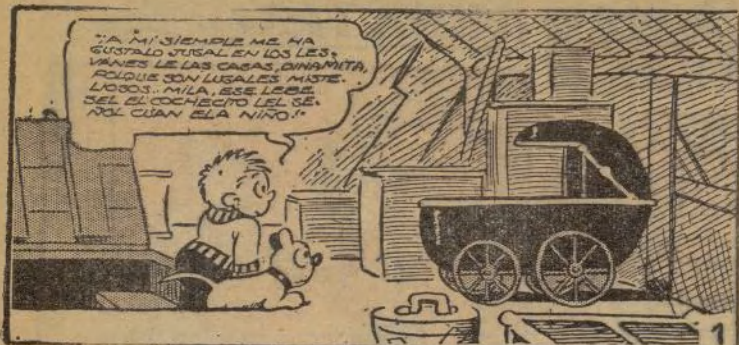
Risa para la semana con "Laura" la charlatana



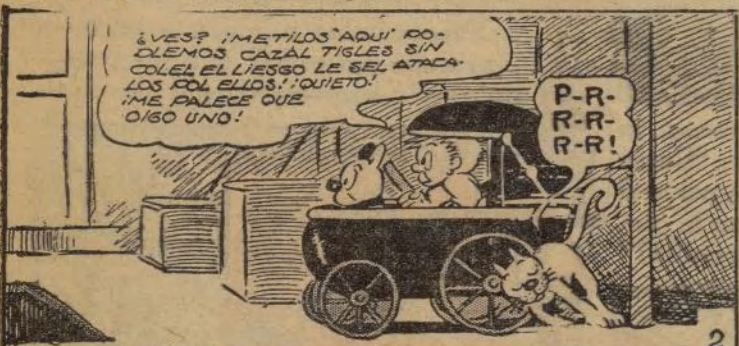
Isidorito se desesperaba. Todos los años le había regalado algo, y éste se tenía que contentar con ver los regalos en los escaparates.



DON SIMPLÓN Y DINAMITA



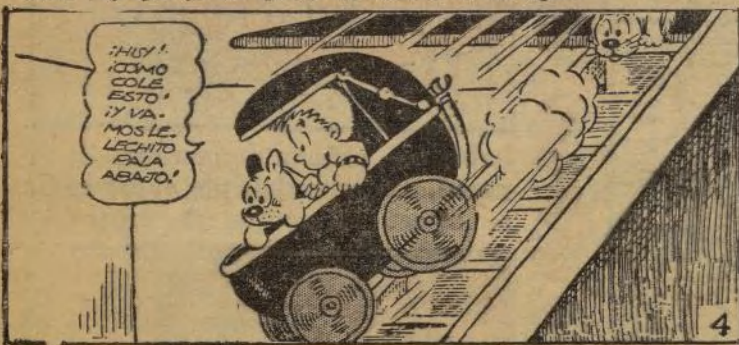
Vamos a jugar a que élamos feloce cazaloles de tigres, leones y bulas de leche. Aquí en el lesván polemos jugar sin lompel nala, como ha manlalo don Simplón.



Jugamos a que yo ela un telible cazalol y tú un tigre felocísimo. Yo iba en automóvil y te laba un culatazo en la cabeza. Velá que liza cuando te lé el culatazo en la cabeza.



¡Ay mi señola tia! El automóvil ha echado a andal solito. ¡Ay que me palece que nos vamos a lompel la columna viente-bial! ¡Ay que yo no quielo sel cazalol ni tú tigre!



De segulo que nos pielniqueblamos nos blasiqueblamos, nos costiliqueblamos y nos amolamos. Tú tienes la culpa pol habel quelilo sel tigre. Te melecias veinte culatazos en el cláneo.



¡Socolo, don Simplón! Letilese que le hacemos halina. Letilese pol su señola male, que yo no puelo palal este cochecito que se ha desbocalo. Letilese pol lo que más quielo, que hacemos un simpliciocio.



¿Ve ustel como no podemos jugar tlanquilo? Yo no tengo la culpa, don Simplón. Cléame usted, que se lo digo muy fetén. Lebí de sel algún tigre que nos empujó sin que le viéramos.

"MIKITO" EXPLORADOR



Mikito, entusiasta explorador, sale del campamento dispuesto a hacer el bien.



“Recaramba!”, una lavandera cargada de ropa. La ayudaré y así comienzo bien.”



“Señora lavandera: déjeme que la ayude a llevar la ropa, y le juro que no la pesará.”



Mikito creyó que la ropa era para lavar, sin ver que ya estaba planchada, y la echó al agua.



Entonces Elefantona tomó justicia, y como primera providencia “sacudió” a Mikito.



Lo segundo que hizo la lavandera fué obligar a Mikito a secar la ropa.



Pero a éste no le hacía mucha gracia aquel procedimiento del fuelle, por lo que encendió una hoguera.



Una vez encendida ésta, Mikito se sentó tranquilamente a leer “JEROMIN”, la única revista que le hacía reír.



Y cuando estaba con mamá Tecla, notó un olorcillo a quemado. Se volvió, y por poco se muere del susto.



Figuraos el pánico que se apoderó de Mikito, que en vano intentaba apagar el fuego. Lo que hacía era avivarlo.



A todo esto, Elefantona había sido abordada por el casero, que le pedía el alquiler de tres años, sin ver que su...

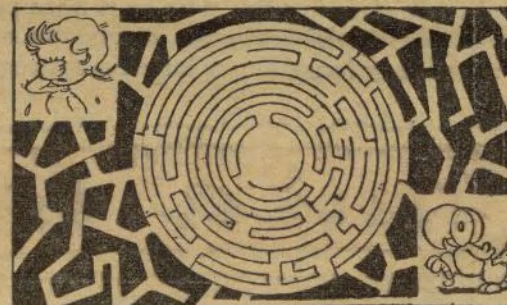


...chistera comenzaba a arder. Cuando se dió cuenta de ello, corrió en busca de los bomberos, y Elefantona premió a Mikito.

PASATIEMPOS



Combinad las letras iniciales de las cosas dibujadas de forma que resulte el apellido de un célebre futbolista español.



Ese niño llora porque no sabe qué camino seguir para reunirse con su amiga la cotorrita “Laura”. ¿Se lo sabréis decir vosotros?

SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



Unidos los puntos por su orden, del 1 al 43, resulta este bonito dibujo, Ayuntamiento de Madrid



Aquí tenéis los espacios que había que rellenar de negro para que apareciese la silueta de un campesino y un perro

Andanzas de Miguelín

EN BUSCA DE FAMA Y FORTUNA

El regalo de año nuevo



Con los esquís que el señor Randall le había regalado salió Miguelín a patinar en la nieve. "Voy a salir al encuentro de Maruja, señor Randall", le dijo el muchacho. "Podría hallar alguna dificultad al regresar con su caballo por la nieve."



Maruja Randall había ido a visitar a una amiga suya en una granja cercana, y esto le ofrecía a Miguelín una ocasión para estrenar sus esquís. Arrojándose sobre la nieve, se sujetó las correas, atándolas sobre sus zapatos.



Despidiéndose luego del granjero, Miguelín comenzó a resbalar sobre la nieve, siguiendo la ruta indicada por las pisadas del caballo de Maruja. "¡Qué deporte tan agradable!", se decía para sí mismo, mientras se deslizaba por las cuestas.



Con el impulso adquirido en las bajadas remontaba las cuestas en buena parte. Una de las veces, cuando coronó un alto, divisó con gran espanto, en el fondo de una cañada, a Maruja, que forcejeaba en poder de dos salteadores.



Comenzó a dar voces y logró atraer la atención de Maruja y de los forajidos, que intentaban llevarse a la muchacha para traficar con su rescate. Sorprendidos los hombres, miraron a lo alto, y uno de ellos dijo despectivamente: "¡Viene a pie!"



Los dos bandidos decidieron hacer cabalgar a la muchacha y alejarse con ella antes de que Miguelín pudiese venir en su ayuda. Pero sus planes fallaron. Con una velocidad vertiginosa, Miguelín se lanzaba sobre ellos cuesta abajo, resbalando sobre la nieve.



Antes de que los salteadores pudieran comenzar a poner por obra sus propósitos, Miguelín caía sobre ellos. "¡Estate quieta, Maruja!", gritó mientras los malhechores se apartaban. Un momento después Miguelín recogía a su amiga en sus brazos.



"¡Agárrate fuerte, Maruja!", le dijo el muchacho, mientras seguía patinando sin amornar su velocidad. Detrás de ellos galopaba el caballo de la joven, y los dos bergantes quedaban paralizados sobre la nieve y atónitos ante aquella escena.



Puestos ya a salvo, Maruja volvió a cabalgar y Miguelín caminaba junto a ella sobre sus esquís. Poco después llegaban a la granja. "Bravo, Miguelín!", le dijo el señor Randall. "Puedes figurarte cuán satisfecho estaré de haberte regalado esos esquís."

El próximo jueves leeréis una nueva aventura de Miguelín con el bandido Joe



El capitán don Pío y el zaragatero Nicanor han estado una temporada perdidos. Pero ya volvemos a tener noticias de ellos y de sus aventuras y jugaretes.



Esta escena que tenéis ante la vista es el final de una de las muchas trastadas que Nicolás hace a diario al patilludo e infeliz capitán don Pío.



Y esta otra escena es el principio de la última "faena" que el marinero hace al capitán. Nicanor tiene que subir con la grúa a este castizo burro.



Pero Nicanor no se había dado cuenta de que el animalito del burro le había mordido la marinera, y cuando la grúa elevó al burro, subió también "Nica".



Todo esto lo había observado don Pío con el natural regocijo, y como a Nicanor las risas del capitán le molestaban, decidió "taparse la boca para que callara".



Don Pío se calló, se cayó y se atontó. Y Nicanor cogió de la bandeja del camarero la pimienta, que empezó a lanzar hacia las fosas nasales del burro.



Conforme deseaba Nicanor, el burro comenzó a estornudar y dejó libre a la marinera y al marinero, que cayó estrepitosamente sobre el pobre camarero. Don Pío seguía "dormido".

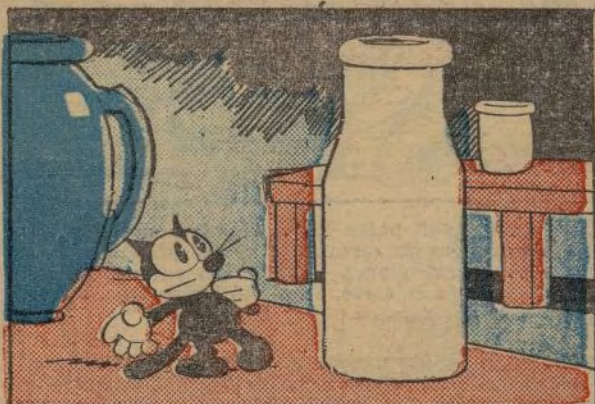


Nicanor aprovechó el estado del camarero y se apoderó del enorme y rico pastel, mientras el burro lamía amorosamente la cara del capitán don Pío, que por fin volvía en sí.

ANDANZAS DE GATO FELIX



Los duendecitos se morían de hambre, pues en el país de los sueños escaseaban los comestibles más que en la despensa de un cesante. Félix montó en su caballo mágico y voló de nuevo a jugarse el cutis, dispuesto a lograr algo de comer para sus duendecines.



Gracias al caballo mágico, que lo mismo brincaba una tapia que cantaba "La carioca", pudo Félix colarse de rondón en el domicilio de Malos Pelos, no tardando en echar la visual a una botella de leche del tamaño de un depósito de gasolina.



Pero faltaba lo principal, y era la forma de hacer pasar el líquido salvador a las barriguitas de los duendecines, ya que Félix no tenía fuerzas suficientes para cargarse aquella botellita, que tenía una capacidad como para ordeñar en ella 125 vacas y una cabra.



Sin hallar solución al problema, Félix siguió su exploración por salas y salones del tamaño de campos de fútbol, y de pronto se vió en la cocina, donde el cocinero de Malos Pelos guisaba unos riquísimos macarrones con aceite de hígado de "bacalado".



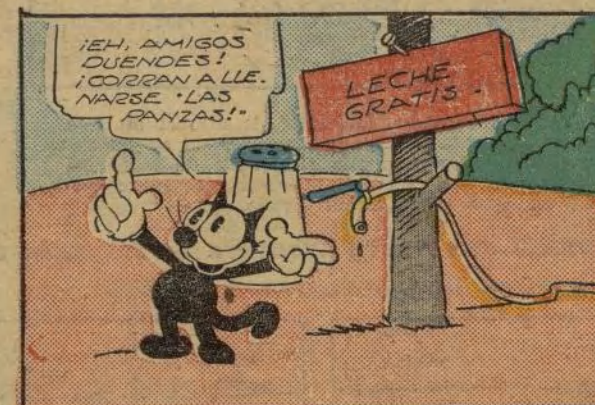
Cuando el cocinero hubo probado los macarrones, a los que añadió tres kilos de bicarbonato y un barreño de agua de carabaña para que estuviesen más sabrosos, abandonó la cocina, instante que aprovechó Félix para llevarse los macarrones.



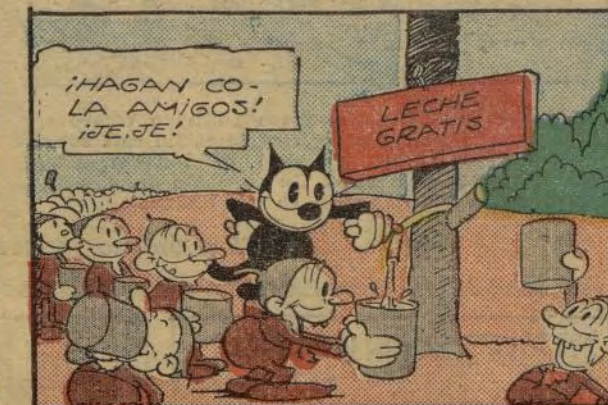
No creáis que el gatito había robado los macarrones para comerlos; no, él no comía porquerías; lo que había ideado era hacer un ingenioso sifón, valiéndose de los huecos macarrones, en sustitución de una goma adecuada a los fines perseguidos.



Valiéndose de un carrete de los que empleaba Malos Pelos para zurcirse los calcetines, Félix fué desenrollando los macarrones, cuyo extremo había dejado introducido en la botella gigantesca. También, y con fines siniestros, cargó con un salero llenito de pimienta.



Y ved con qué ingeniosa cañería Félix instaló una fuente, que funcionaba a la perfección. Al momento, y, contentísimo, comenzó a llamar a los duendecitos, que iban a sacar la tripa de mal año, a costa del gigante Malos Pelos y gracias al valor de Félix.



"¡Vengan y no se detengan!—gritaba Félix, loco de alegría—. ¡Hagan cola y no salten unos por encima de otros, que para todos hay! ¡A beber, a beber y apurar, las copas de leche fresca y garantizada! ¡A llenar las panzas! ¡Animo, mis buenos amiguitos!"



Los enanitos se bebieron toda la leche, y se habrían bebido cinco lecherías, cuando Félix oyó a través del hueco macarrón, que oficiaba de tubo acústico, las maldiciones de Malos Pelos, al comprobar que le habían robado. "¡Mataré al ladrón! ¡Lo mataré!"—rugió.



"Menos lobos, Malos Pelos—exclamó Félix—, que presumes más que un tranvía de los nuevos. Vas a ver ahora lo que es bueno." Y oyendo que Malos Pelos decía "¡Ah, ya encontré un macarrón; me lo comeré!", Félix introdujo los polvos en el tubo y sopló



Y en el instante en que el gigantón iba a hincar el diente, irrumpió la pimienta impulsada por el soplo de Félix, dejando ciego y sordo al monstruo. "¡Pa que te rías y comas macarrones"—exclamó Félix al otro lado, presintiendo lo que había ocurrido. (Continuará)